

Maria Peña: «Paralelismos Espriu–Subirachs en un baixrelleu de San Jorge», *San Jorge. Revista de la Excma. Diputació Provincial de Barcelona*, julio de 1976, p. 68-69

Si bien las analogías entre la obra de Subirachs y la de Espriu no son recientes, destacan extraordinariamente en la última realización del escultor: el relieve dedicado a San Jorge en uno de los muros interiores del Palacio Provincial de Barcelona; relieve en el que la asimilación del santo a Teseo, de la princesa a Ariadna, o del monstruo al Minotauro, evoca en nosotros algunas de las obras más celebradas del poeta. Creo, no obstante, que la verdadera vinculación entre ambos artistas se basa en el rigor formal de sus creaciones y en el deseo de infundir savia nueva a los viejos mitos de una civilización con la que se sienten profundamente identificados. Del mismo modo que la poesía de Espriu brilla con la consistencia del mármol recién labrado, la escultura de Subirachs –incluso la más abstracta– participa de la riqueza temática de la literatura en un intento de recuperar para el arte la máxima complejidad posible. *«Me gusta que mis obras tengan tema –dirá el escultor–, con todo el riesgo que ello comporta. El riesgo debe ser dominado... ¡pero que exista!»* Anhele que le ha llevado ahora a describir en la apergaminada piedra travertina la fecunda síntesis del mito pagano y la leyenda cristiana.

San Jorge y Teseo, dos nuevas «vidas paralelas» al modo plutarquiano, constituyen aquí el símbolo de un mismo concepto de humanidad en el que todavía podemos reconocernos. Al mismo tiempo, como si quisiera sintetizar también su propia obra, Subirachs utiliza los elementos formales y conceptuales más característicos de su producción (predominio lineal, contraste de texturas, alternancia de positivo y negativo, por una parte; transmutaciones, complementariedad, tensión y contraposición dialéctica, por otra), a los que otorga nueva vida a través de un sistema de relaciones muy intelectualizado.

Así, mientras la estremecida línea del horizonte propone una clave interpretativa que engloba dos niveles distintos, las figuras situadas a ambos lados se vinculan recíprocamente por fuertes ejes compositivos y temáticos. En primer lugar, el sol, símbolo clásico de lo ordenado, medido y racional; imagen también de la libertad a través del conocimiento, bajo cuya luz San Jorge-Teseo –expresión de la apasionante aventura humana– libra su batalla contra las fuerzas monstruosas e instintivas de la naturaleza ejemplificadas en el Minotauro. Y en el violento primer término, ya en el umbral de la realidad, una balaustrada opone en su profunda ambigüedad e incipiente rutina la pervivencia del arte como alternativa de la muerte.

Al otro lado de la composición aparece el laberinto, negación de la libertad, símbolo para los antiguos del descenso al seno germinativo de la tierra

–para Subirachs, imagen de la radical soledad humana-, a cuyo alrededor el eclipse se opone al esplendor solar. Finalmente, entre el poder de la muerte y las tinieblas Ariadna emerge frontalmente del sueño del muro personificando la fuerza liberadora del amor y recabando del arte la prioridad formal, y quizá temática, de la obra.

Una vez más el hilo conductor de Ariadna nos salva del laberinto: todo tiene sentido en esta realización donde las contraposiciones se funden en la unidad, al tiempo que lo decorativo se inserta en lo funcional. También lo viejo y lo nuevo se unen en lo perenne, única posibilidad de seguir entonando las viejas canciones con nuestros ritmos. Nuestro esfuerzo consistirá, en todo caso, en saberlo reconocer: en fundir nuestras tradiciones en el crisol del arte de nuestro tiempo.